

Hace once años fui requerido por el entonces alcalde, y buen amigo, Antonio Lahiguera para pronunciar el pregón de las fiestas. Aquel año 1.986 era para mí muy significativo porque celebraba mis bodas de plata sacerdotales y regresar como pregonero al sitio que me había visto nacer y donde había celebrado mi primera misa, tenía para mí un atractivo especial. Este año José María Millas, presente con su cuerpo – y no de cuerpo presente- literalmente me cazó, a pesar de mi resistencia. Son los riesgos que corre cualquiera al cruzar por esta plaza. Y como a los de mi quinta del 58 no nos dejaron ser insumisos, y un alcalde es un alcalde, y lo mejor es llevarse bien, no tuve más remedio que decirle: “si tú me dices ven, lo dejo todo”.

Esta es la noche propicia y estamos en el sitio adecuado. En esta plaza donde todo se entrecruza. Es como nuestro cuarto de estar, el espacio donde el tiempo libre tiene su acomodo. En algunos lugares a estos puntos de encuentro se les suele llamar mentideros, pero tampoco vamos a exagerar, no todo son mentiras. Que a los de Campillo se nos llama campillanos, y no solamente porque así lo exigen las reglas de la formación de gentilicios, sino porque somos llanos y sinceros, o debemos serlo, y defendiblemente sometidos a la verdad, sin un exceso de variables.

La plaza es como la palma de la mano. Las calles son como los dedos que se extienden a lo largo del pueblo. Partiendo de aquí podemos decir que Campillo también es como la palma de la mano y los caminos son como los dedos que se adentran en la geografía que lo circunda. Nunca fue una entidad cerrada, ni ciudad amurallada. Nadie puso puertas al campo, a no ser la Puerta de Valencia que no sabemos si existió, ni cercó la población. Tuvo siempre los movimientos del corazón, atrayendo e impulsando la sangre de la vida de los caminos hacia Campillo y de Campillo por los caminos hacia el ancho mundo. Porque una de las características de esta población es la de encrucijada para los múltiples viajeros que llegaron o pasaron por aquí, o los que desde aquí partieron. Por este lugar discurrieron los pasos de muchos caminantes procedentes de las tierras de Madrid y de Cuenca en busca del paso hacia el Reino de Valencia por el Puente del Pajazo. Desde aquí se abría una celebrada ruta del vino que se adentraba hasta Malagón, en el corazón de La Mancha. Este trasiego marcaría una de las características de una considerable parte de la población, la condición de arrieros. Desde aquí rendimos homenaje a esa larga pléyade de caminantes que arrastraron su vida con sus carros y reatas por la extensa geografía, que tuvieron por patrona a la desaparecida Virgen de los Carriles, que se encontraba en la iglesia, y que ahora se continúa en el grupo de los actuales camioneros, mal llamados transportistas, porque transportar, lo que se dice transportar, lo puede hacer hasta el ama de casa con el carro de la compra.

No hacían camino al andar porque los caminos ya estaban puestos, pero en qué condiciones. Y había polvo, sudor y lágrimas en el verano, y frío, barro y atascos en el invierno. Por los caminos circulaban la aventura, el comercio y el peligro. También las epidemias, como aquella de peste que prendió en El Peral por contagio de unos caminantes de Valencia y de la que se libraron muchos invocando a San Cosme y San Damián, según contaban en el siglo XVI. Ante la escasez de remedios humanos, había que pedir la intervención divina. Las salidas de los caminos se jalonaron de ermitas para que los santos detuvieran lo que los escasos conocimientos de la época no podían detener. Mediante este filtro, a las poblaciones podían entrar las personas pero no las enfermedades. Eran santos protectores, utilizados, no como ejemplo a seguir, que para eso son santos, sino talismanes. A pesar de este punto de inflexión recibían sin embargo

la primera oración del caminante al comienzo del viaje y la última al regreso, dando un sentido sagrado a la existencia de los hombres.

Campillo se pertrechó bien. Porque era villa abierta no se cercó de murallas, pero se circundó de otros muros no visibles y edificó una ermita en cada uno de los caminos.

San Roque daba el saludo inicial a los de Almodóvar, que traían el aroma de los pinos. Y aquel santo de Montpelier, que había librado de la peste a los padres conciliares del concilio de Constanza, ponía su mano y azuzaba al perro para que no pudiera penetrar tal epidemia.

Si hubiera habido en Campillo un castillo, se habría situado en San Cristóbal. Es una de las más amplias panorámicas que se pueden contemplar. Este santo gigantón nos defendía desde su altura de los malos aires, el cierzo y el matababras, y recibía a los caminantes de la villa episcopal de Paracuellos.

San Sebastián era el custodio de las aguas del único pozo del que se podía beber, en de El Charco. Situado en la confluencia de los caminos de Enguñados y Valencia, se le llamaba El Santo, por antonomasia, porque protegía lo más preciado y vital, el agua. Mucho se tuvo que emplear para defender a la población de las incursiones de moyanos y carlistas por los caminos contiguos.

Nombre de apellido tenía San Quílez, castellanización de San Quirico y San Quirce, el hijo de Santa Julita, que recibía a los de La Puebla y protegía los ganados que circulaban por la vereda, barrera también contra la glosopeda y las fiebres maltas.

En el camino del Castillejo alzaba San Miguel su espada, dispuesto a defendernos de toda morisma que venía siempre del mediodía. Por este camino transitaban hacia Valencia, a través del puente de Vadocañas, cuando el Pajazo se hacía intransitable.

Para el camino de Motilla hizo falta más protección. Podemos imaginar que algún prisionero campillano de la Batalla de Lepanto, corriendo la misma suerte que Cervantes, y liberado como él por algún fraile trinitario, pudo erigir la ermita como agradecimiento por la liberación para que este camino, el más transitado, pudiera iniciarse en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Por el contrario, a los campillanos se les recibía. Y recibe, a la entrada de Motilla y Paracuellos con sendas ermitas de la Concepción.

La abuela de Cristo y madre de la Virgen, Santa Ana, a la entrada desde Gabaldón, defendía a las parturientas de las fiebres puerperales. La santa más anciana para el camino más antiguo, el de la ruta de la sal para los fundidores de la edad del hierro.

Estos fueron los caminos y su protección, por donde discurrieron la vida y sus avatares. La señal que divisaba el viajero desde lejos era la torre. Una torre que se había construido, no solamente con la función de ser el emblema de la parroquia y contener el cuerpo de campanas, sino también para servir de vigía y último reducto, en casos de emergencia, a falta de otras fortificaciones. Una torre sólida, de gran empaque y robustez, austera en adornos, casi netamente funcional, y por esta razón, de una severa belleza, enclavada en la cota más alta de la población. Este ha sido siempre el referente de Campillo.

El efecto contrario se buscó en el convento, no solo en estilos sino en significados. Además de que un convento no debía tener torre porque era distintivo de parroquia, aquí se introdujo en la espadaña la variante de la condición femenina. Es decir: la espadaña se hizo para el Convento y el Convento se hizo para la Virgen. Por eso la espadaña es la levedad, la piedra en volandas, la perennidad de lo frágil, peine del viento y cedazo de brumas, arel de estrellas y criba de lunas.

Este diálogo artístico entre las dos prominencias podríamos hacerlo real. En estos días de fiesta en los que buscamos los campillanos más nuestra propia identidad, algo se agita en el aire que puede hacer vibrar las piedras hasta hacerlas hablar. Si aplicamos el oído podremos escuchar lo que se dicen torre y espadaña:

- Estarás contenta –dice la torre-. Estos días todo lo que me rodea, te rodea a ti. Ahora todos admiran lo remozada que estás.

- Don Bernardino me ha abierto los ojos. Ahora puedo contemplar el pueblo. Pero aquel camino de mis años jóvenes no es igual. Se ha llenado de almacenes, champiñoneras, corrales de ganado... Se le han volcado encima y no deja de adelgazar con tanto agobio. Y, además, hasta aquí sube a veces un olor...

- A ti te han dejado como nueva, pero yo hace unos años por poco pierdo la cabeza. El que tiene dificultades grandes es San Andrés, aquí debajo. Está a punto de que se le caiga la joroba. Si es que tiene las tejas como una parva. Y no digo nada de los molinos, que los veo a lo lejos. Como no hay harina todo es tremolina. A uno lo tienen cercado. El otro es de entrada libre y me lo tienen hecho una pena. Estos muchachos escriben en todas partes menos en el colegio.

-Hablemos de otra cosa ¿Y Diana?

- Diana la que me ha correspondido tocar antes de las siete de la mañana estos nueve días. Que se me estremecían las piedras del desperezo.

-Pero es hermoso ver la riada de gente que baja rompiendo la penumbra. Cuando sale el sol, lo encuentra todo puesto. Y ¡cómo rezan!. Han adelgazado mis pináculos de lanzar oraciones al cielo.

-Pues todavía queda mañana.

-Sí, pero no quiero hablar de mañana, porque me quedará muy triste cuando la Virgen se vaya.

-¿No escuchas? Nos están expiando.

-¿Quién?

-Santiago Montoya. Quiere saber nuestro secreto. ¿Se lo decimos?

-Se lo diremos.

Decíamos que estábamos en la noche propicia y en el sitio adecuado. En esta plaza de todos, que se llama Nueva, no porque esté recién hecha, sino porque recibe las nuevas de nuestra vida remozada. La fiesta tiene que empezar. Además de las autoridades, nos presiden la reina y su corte de honor, que son la expresión de nuestro pueblo. Y ya que andamos de piedras, yo pido para estas muchachas, altivez de torre morena y espadaña por peineta.

Luis Martínez Lorente